Rodrigo Muñoz Cazaux

Con sangre en el ojo

Las Ánimas

AUREA
EDICIONES

© Con Sangre en el Ojo – Las Ánimas

Primera edición, Julio 2019

© Rodrigo Muñoz Cazaux 2019

Edición General: Joctán Yusef Zafira Figueroa
Diagramación: Martin Muñoz Kaiser.

Aurea Ediciones
Errazuriz 1178 of 75 - Valparaíso
www.aureaediciones.cl
Sello: Tricéfalo

AUREA
EDICIONES

Registro Nacional Propiedad Intelectual Nº: 292035
ISBN: 978-956-6021-00-1

Toda modificación o promoción debe ser aprobada directamente por el autor, de lo contrario se vera expuesto a reclamación legal.

Para Raquel y Blanca,
ellas saben por qué.

Prólogo

"Son las caídas hondas de los Cristos del alma
de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
de algún pan que en la puerta del horno se nos
quema."

Los Heraldos Negros (fragmento) — César Vallejo

Una última plegaria en el ocaso.

El sol se arrastra por el cielo con la lentitud aparente de siempre, se escucha el canto del viento por entre las ramas de los pequeños arbustos del lugar. El firmamento está despejado y hay solo unos leves jirones de nube manchando el azul del aire, a lo lejos se escucha el suave murmullo del mar en su eterna letanía. La pequeña aldea de pescadores y pastores está en calma; es la hora del calor y el tedio. Faltan muchos siglos aún para que la bahía en la que se sitúa la aldea, se convierta en puerto, por ahora solo permite que unas pequeñas embarcaciones que parecen desarmarse con cada pequeña ola que se encuentran, cosa que a menudo ocurre, se interne en busca de los dones que el mar les brinda. A lo lejos se escucha el tintineo de conchas marinas que indica que el chamán ya tiene una decisión. Hace unos días se ha retirado a reflexionar y buscar una respuesta acerca de un problema que aqueja a la aldea y ahora, por fin, ha llegado a una determinación. Aunque secretamente, todos ya podían prever el resultado.

Apo'ka, una joven doncella que ha vivido toda su vida dedicada a ayudar a su madre, desde que su padre se perdió en el mar siendo ella muy niña, ha escuchado el sonido de las conchas y su corazón ha dado un vuelco; la decisión le afecta directamente. Desde que comenzó a hablar, la joven manifestó siempre una imaginación prodigiosa, era capaz de narrar cosas que no había visto nunca, como animales que solo se veían en alta mar y

describir cosas que solo habitaban en los valles a los que ella nunca había ido. Llegada la pubertad, comenzó a ver imágenes que aún no habían ocurrido. La primera vez fue en un atardecer cuando se encontraba observando el momento en que el sol golpeaba la superficie del mar, su visión fue transportada a otro tiempo y otro lugar. Vio prodigios que le costó comprender y que por varios días atormentaron su corazón, pero con el tiempo las visiones se volvieron cotidianas y con ello, menos perturbadoras. Vio botes gigantes atravesar la bahía, también vio como la península llena de rocas en donde habían sepultado a los primeros de su pueblo en llegar a aquel lugar, se cubría de luces ambarinas; como si cientos de antorchas brillasen al atardecer. También vio un bote gigantesco que escupía fuego y lanzaba truenos hacia un ejército de bestias prodigiosas que avanzaban por la costa bramando un canto de horror absoluto. También vio una silueta gigantesca en aquel cerro que vigilaba la bahía. Habría jurado que aquella figura, como un árbol gigante sin hojas ni muchas ramas, la observaba. Incluso sintió aquella sensación de estar hablando con alguien, pero sin entender cabalmente lo que estaba diciendo. Apo'ka relataba esas visiones a su pueblo, porque estaba acostumbrada de pequeña a compartir todo lo que sabía, así la habían criado, sin mezquindades. La gran mayoría de los habitantes de la aldea entendía que aquellas visiones eran una especie de sabiduría que venía de algún lado, como un don, y trataban de aprender de ellas, pero no todos compartían ese pensamiento. El padre de Apo'ka había sido un hombre muy importante, un líder, y su temprana muerte abrió la ambición de poder de otras familias, aquellos veían el liderazgo innato de su padre en la joven mujer y se favorecerían si ella no estuviese. Utilizando la excusa de las visiones de la doncella, le hicieron un juicio por corromper las mentes de los jóvenes de la aldea. La justicia en su comunidad, como muchas de las disputas

se solucionaban consultando al chamán, que pertenecía precisamente a una de aquellas familias que ambicionaban el poder de la pequeña población.

El chamán llegó agitando su vara con estudiada exageración. Con cada sacudida las conchas marinas carcajeaban al golpearse unas con otras en un extremo de la vara bellamente adornada con plumas y pintada de vivos colores, cada espasmo iba acompañado de un quejido gutural del chamán y un paso enfático que marcaba el ritmo. Se paró frente a la choza de Apo'ka y la llamó a viva voz. La mujer salió de su modesto hogar, no muy distinto al de todos los demás y se puso de pie ante el chamán y lo miró a los ojos. El hombre no tuvo fuerza para sostener la mirada de la joven, así que se volteó para hablarle al resto de la aldea. Con gran ceremonia explicó a la gente lo que había decidido, dio un largo discurso de las razones, el bien común y el cuidado de la juventud; las mismas excusas de siempre. La decisión era clara. Apo'ka debía abandonar esta vida. La mujer escuchó su destino con seriedad, luego asintió y entró a su choza. Las ancianas de la aldea entraron tras ella para prepararla.

Cuando Apo'ka nació, una pequeña ave se posó en un arbusto que estaba junto al río donde su madre la había parido, por eso es que llevaba el nombre que su pueblo le daba a esa ave. Ha elegido dentro de sus escasos ropajes, uno que su madre le confeccionó tratando de imitar los colores del plumaje de la *apo´ka*; suaves tonos ocres con una pequeña capa grisácea que le cubría hasta la mitad de la espalda. Algunas ancianas se han encargado de prepararla. Le han sacado por fin las telas que han apretado su cráneo para alargarlo desde que nació y han manchado con cenizas su rostro y su cabello. Sus ojos oscuros destacan sobre el gris espectral que ahora tienen su cara y cabello. Le han colocado dos joyas de oro en sus orejas y una tercera sirve de gancho para sostener, enganchada sobre su pecho, la pequeña tela gris que cubre sus hom-

bros. Sus manos han sido pintadas por ambos lados con motivos color ocre que dividen sus palmas en cuatro partes, tal como se divide el mundo, lleva las palmas extendidas sobre su pecho con los brazos cruzados. Caminará todo el trayecto desde su choza hasta el lugar ceremonial en esa posición, pasará a saludar al mar, para luego caminar hasta el lugar de su sacrificio. Mientras ella hace su recorrido, los hombres habrán preparado el sitio para su llegada. Solo mujeres y niños pueden acompañarla en su calvario. Está algo preocupada, su madre fue al valle en busca de frutos y debería llegar al atardecer, teme que no alcance a verla. Su madre ha sido su única familia desde que su padre se perdió en el mar y le duele mucho el marcharse sin despedirse.

Una vez que la han preparado completamente, sale de su choza y camina directo hasta el mar. Casi toda la aldea la sigue, algunos hombres le brindan su apoyo desde lejos y le dicen que la extrañarán. El chamán se ha adelantado para preparar el sitio de la ceremonia, pero todos saben que lo hace para evitar aquellas demostraciones de apoyo a Apo'ka. La gente obedecerá sus designios, pero no por eso dejará de expresar su disconformidad.

Apo'ka llega hasta el mar y se moja los pies, agradece a viva voz al mar por todo lo entregado y en silencio, haciendo una última plegaria en el ocaso, le pide a su padre que la reciba. Voltea y camina tranquilamente, pero sin pausa, hacia su destino. A medida que pasa por entre la gente de su aldea ve los ojos llorosos de algunas personas y a otros los ve algo enojados, sabe que su partida no pasará desapercibida; en el murmullo de las olas ha escuchado como todo cambiará para su pueblo y aunque su partida sea el hecho que dé inicio a una serie de cambios, ella no podrá ver los resultados. Ver a todos los rostros familiares afectados por su partida ha provocado que algunas lágrimas inunden sus ojos y le dificulten la vista, es por eso que tropieza y cae estrepitosamente al suelo. Se pone de pie con mucho esfuerzo, tratando de

no apoyarse en la palma de las manos para no dañar la pintura de estas. Al poco rato lo consigue, pero ahora una pequeña herida en la frente, sobre su ceja izquierda, comienza a sangrar levemente.

Al andar penosamente unos metros más, logra ver que a lo lejos vienen las mujeres con frutos del valle, entre ellas reconoce la silueta de su madre que ha botado todo lo que lleva y corre hacia ella. La mujer llega ante su hija resoplando por el esfuerzo, pero Apo'ka no puede detenerse, tampoco puede hablarle, hay reglas muy antiguas y muy claras. Su madre la ve pasar y comprende la situación, entre lágrimas camina tras su hija, muy de cerca.

El camino no es muy arduo, pero en una etapa si se vuelve muy empinado y Apo'ka debe llevar las palmas sobre su pecho todo el tiempo, lo que la hace tambalear para mantener el equilibrio. Uno de los niños que ha acompañado la caminata la toma de la cintura y la guía hasta que el sendero deja de ser empinado. El muchacho se despide con una venia y se aleja corriendo para que no le vean llorar. Los pies de Apo'ka están cansados y ya camina más torpe, tiene mucho calor a pesar de que el sol comienza a acercarse al atardecer. Lo que más tiene es sed y la posición de los brazos es insospechablemente agotadora. La sangre lentamente ha escurrido por su rostro manchándole todo el costado izquierdo, una mujer que la sigue se adelanta y con su propia vestimenta le limpia el rostro con ternura y le regala una sonrisa. La mujer guardará ese pedazo de tela marcado con cenizas y sangre hasta el fin de su vida y su familia se encargará de que cuando la sepulten, sea con esa misma tela cubriéndole el rostro, la mujer vivirá toda su vida con el recuerdo de la sonrisa de Apo´ka como aliciente para llevar una vida recta y justa.

Apo'ka se distrae un poco al ir menguando la luz, pisa en un agujero del sendero y pierde nuevamente el equilibrio, golpeando con su rodilla derecha el suelo, pero lo-

gra ponerse de pie rápidamente. Al levantar la vista ve a las mujeres recolectoras que por fin han llegado. Alejándose de las reglas de la ceremonia, Apo'ka le brinda palabras de agradecimiento por el trabajo realizado tan diligentemente de ir en busca de frutos para toda la aldea, las mujeres la ven pasar y la despiden con lágrimas en los ojos.

La doncella y la procesión que le acompaña han llegado hasta el sitio que ha sido preparado para la ceremonia de su partida, el chamán les espera con una antorcha en una mano y su vara en la otra. El sol ya se ha puesto y si bien el cielo aún tiene algo de luminosidad, la oscuridad pronto caerá. Junto al chamán hay una llama echada en el suelo, muy tranquila, rumiando un poco de hierba. Tiene un pequeño bozal de cuerda sujetándola a una estaca clavada en el suelo; la poca extensión de la amarra obliga al animal a mantenerse echado. A los pies del hombre hay un cuenco y una daga de piedra sobre un delicado trozo de tela decorado en tonos ocre. Apo'ka no observa con detalle el escenario que han preparado, su mente está enfocada en tratar de aparecer fuerte aun cuando su voluntad se resquebraja a cada paso que da. Siente la pena de su madre tras ella y no quiere hacerla sufrir más de la cuenta. No se fija por donde va caminado y cae en un pozo que han excavado justo frente al chamán y que por la sombra proyectada por la luz de la antorcha ha quedado vedado para sus ojos. Esta vez se ha provocado daño; su rodilla sangra y su nariz también se ha raspado; al intentar detener el golpe ha colocado sus manos como apoyo y se ha quebrado una de sus muñecas y estropeado el decorado de sus palmas. Con esfuerzo logra ponerse pie, el pozo es ancho, pero no muy profundo, lo suficiente como para que su pierna quede oculta hasta la rodilla. Se ha puesto de pie sin emitir quejido alguno para no darle en el gusto a sus acusadores que están de pie detrás del chamán, ocultos también por la sombra que este proyec-

ta con el fuego de la antorcha. Apo'ka queda erguida en medio del pozo, junto a la llama, sus ojos se encuentran con el animal, este deberá acompañarla al otro mundo; es una víctima, tal como ella. El chamán estira su vara con conchas en un extremo hasta casi tocar el rostro de la mujer que se siente aún más intimidada, luego, con un gesto enfático ordena a sus seguidores que la desvistan.

Los acusadores, con brusquedad retiran las vestimentas de la joven, rasgándola en varias partes, a medida que lo hacen van repitiendo las acusaciones que le han hecho para llevarla a este momento. La mujer ha quedado expuesta ante todos, solo le han dejado los dos aros de oro que van en sus orejas. El tercer aro que sujetaba la tela gris, ha salido despedido cuando uno de los seguidores del chamán tiró muy fuerte de la ropa y ha caído justo a los pies de la madre de Apo´ka, que lo ha recogido con disimulo. El chamán le indica a la víctima el cuenco que hay a sus pies y la mujer lo recoge con sus manos que aún mantienen algo de la pintura que le aplicaron. Se voltea y con una breve frase perdona a toda la aldea por lo que está ocurriendo.

Con rapidez, Apo'ka bebe todo el contenido del cuenco; quiere terminar lo más pronto posible. Apenas el líquido ha entrado en su cuerpo el dolor se vuelve insoportable, sus entrañas arden y se retuerce del dolor. Se arrodilla para mitigar su sufrimiento y cruza sus manos sobre su vientre. El chamán se acerca con la daga de piedra tallada en una mano y se agacha dándole la espalda a la mujer para, con un certero golpe, hundir todo el cuchillo en el cuello del animal que sigue echado ahí. Este se agita un poco, los seguidores del chamán lo tienen bien sujeto mientras el hombre tiene firme el cuello con su brazo y hace que la sangre caiga dentro del pozo. La llama se sacude con cada vez menos energía, hasta que, al cabo de un par de horrendos minutos, ya no queda vida en el animal.

Durante ese tiempo, el veneno del cuenco a entrado al cuerpo de la doncella, primero como un ardor que bajó por sus entrañas, luego un copioso sudor y un mareo que dificulta que se mantenga en pie, por último, siente como una garra rasga sus entrañas. Apo'ka apenas puede soportar el dolor, ahora le cuesta respirar. Cuando la llama aún se sacude dolorosamente, levanta una vez más la mirada para buscar el rostro de su madre e intentar darle una última sonrisa, pero no puede. Antes de caer fulminada por el veneno que ha bebido, Apo'ka tiene una última visión. Ve a una mujer muy parecida a ella; un poco mayor quizás, pero comprende que es la misma persona de la que ella ha creído percibir su voz en visiones anteriores y se da cuenta que es una voz que le habla desde muchos años de distancia, le murmura palabras que no comprende pero que logran calmarla y aliviar su dolor. Junto a la mujer hay alguien como ella, pero no es ella. Percibe que aquella persona la entiende en su sufrimiento, comprende sus visiones y también que, de alguna forma, terminará lo que ella no pudo hacer. El dolor ha llegado a tal punto que su cuerpo se ha insensibilizado. Sintiéndose aliviada del tormento al que ha sido sometida, cierra los ojos y exhala su último suspiro en paz.

El chamán desciende al pozo a verificar que Apo'ka ha muerto y luego sale con una sonrisa triunfante que le cuesta trabajo disimular. El resto de la aldea coloca a la llama muerta alrededor del cuerpo de la mujer, como protegiéndola. El chamán lanza un discurso acerca de que se ha servido la justicia, que el proceso ha sido el adecuado y que todo se ha hecho para proteger a los más jóvenes de la aldea; lo de siempre. El chamán y sus seguidores se retiran satisfechos mientras el resto de la aldea continúa con el ritual fúnebre mascullando una rabia que crecerá con los días. La madre de Apo'ka dispone a su hija en posición fetal, con las manos cruzadas sobre su pecho y coloca el tercer aro que ha caído fortuitamente

cerca de ella, sobre el cuerpo de su hija. Le arregla el cabello y le da un último beso antes de entregarla de vuelta a la tierra. La gente de la aldea ha llevado algunas ofrendas pequeñas para despedir a la muchacha; juguetes, instrumentos musicales, pequeños tesoros para ellos y los disponen con ternura alrededor, a medida que la van cubriendo de tierra. Después de sepultarla, vuelven en triste procesión a su aldea.

La muerte de Apo'ka no obtuvo el resultado esperado para los conspiradores. El chamán perdió credibilidad y al poco tiempo lo encontraron con el cráneo partido por su propia vara, que estaba rota junto a él, y una daga de piedra clavada en su vientre, esparcidas a su alrededor había un puñado de piezas de plata toscamente trabajadas; probablemente la paga que recibió por condenar a Apo´ka. Poco tiempo después, la mayoría de los habitantes de la aldea emigró hacia los valles dejando a los conspiradores solos en la costa, sin posibilidad de comerciar con ellos. Fue en los valles en donde sus descendientes evolucionaron en una cultura muy avanzada y compleja, capaz de manejar la agricultura, la metalurgia y la alfarería con maestría. La tumba de Apo'ka se convirtió en un lugar sagrado y muchos querían ser sepultados junto a ella, aún muchos años después de su muerte.

Apo'ka estuvo oculta en la misma posición por casi 1.300 años, durante ese tiempo, se perdieron los secretos que le habían sido revelados en las visiones junto al mar. Las voces que escuchó quedaron acalladas, las promesas que le hicieron quedaron suspendidas, las verdades que a veces pueden ser tan nocivas como la más cruel de las mentiras, esperaron el momento oportuno para salir a flote. Hasta que, en julio de 2015 según nuestro calendario actual, fue descubierta casi por accidente durante la construcción de la doble carretera que habría unido la ciudad de La Serena con Copiapó, situada a 300 km. más al norte, obra que nunca llegó a completarse. Se pensó

en crear un museo de sitio para estudiar la importancia de tan importante hallazgo arqueológico, ya que junto a la tumba de la doncella se encontraron varias sepulturas, convirtiéndola en la necrópolis precolombina más grande de Chile. Pero la destrucción de Santiago dos meses más tarde, y el consecuente desmembramiento del país, provocaron el abandono de dichos estudios junto con la construcción de la carretera. Años después del descubrimiento, Apo'ka y las personas que habían aparecido en la última visión que tuvo antes de morir, se volverían a encontrar.